

Lo mozárabe de la Castilla de Fernán González en la obra de Fontaine

Jacques Fontaine es hoy uno de los investigadores que mejor conocen la España medieval. Prueba de ello son, entre otros muchos trabajos menores, sus dos volúmenes sobre el mundo antiguo en la enciclopedia isidoriana; su historia del arte visigótico español, y la importante obra que acaba de sacar en la colección Zodiaque (París, 1977), sobre nuestro arte mozárabe.

Es el libro de un gran conocedor, literario y técnico, claro y seguro, informado de los últimos descubrimientos y atento a todas las corrientes artísticas. Aquí nos interesa el capítulo 10, que se intitula: «El arte mozárabe en el crisol castellano: los monasterios del Arlanza en el siglo de Fernán González». Interesa conocer el pensamiento de este ilustre hispanista sobre muchos puntos concretos. Creemos, por tanto, de interés, extraer las páginas que más pueden importar a los lectores del Boletín de la Institución Fernán González.

Empieza hablando de un edificio militar, la *Torre de doña Urraca*, cuya masa imponente domina todavía la villa de Covarrubias, eslabón esencial de la cadena de fortalezas que al comenzar el siglo X defendía la frontera del sur contra los moros. Tal vez en el año 900 estaba ya en pie, pero en 978, Urraca, hija de Garci Fernández, fue convertida por su padre en abadesa soberana del infantado de San Cosme y San Damián de Covarrubias. «Y así esta ruda fortaleza, de muros casi ciegos, guarda el nombre de este retoño de la familia condal, llamada por la carta de fundación, sierva de Cristo, a Dios consagrada». Es una paradoja aparente, llena de significado: la alianza estrecha entre la reconquista militar y la repoblación monástica; la primacía inevitable, en la joven Castilla del siglo X, de la milicia sobre la paz, y también el poder temible, reconocido a las comunidades monásticas por la fe, la del Islam y la de los cristianos.

Observa Fontaine que fue éste un país menos romanizado, que la tierra asturiana y leonesa, muy poco afecto al *ordo góticus* y por tanto menos accesible a la inmigración de los mozárabes. Observa, sin embargo, que el arte mozárabe no se estableció aquí como sobre una tabla rasa. «También Castilla

se abrió a las influencias del Sur. Los indicios que hoy tenemos son bastante numerosos, a despecho de las terribles destrucciones de Almanzor a fines del siglo X y de las no menos terribles reconstrucciones de toda clase en el curso del brillante milenario ulterior (en que como se sabe, Castilla hierro de lanza de la Reconquista, llegará a ser el corazón de España) para poder afirmar que los artistas mozárabes fueron también aquí una minoría importante. El estudio convergente de las fundaciones de edificios, de los restos esculpidos, de los manuscritos iluminados, de los cartularios de los grandes monasterios, ha logrado hacer destacar la influencia del arte mozárabe, sobre todo, en tres establecimientos monásticos de la margen del Arlanza; es decir, de Oriente a Occidente, Santo Domingo de Silos, sobre el río Mataviejas, afluente de la orilla izquierda del alto Arlanza, San Pedro y San Pablo de Berlanga (el antiguo Valeránica), cerca de Tordómar, sobre el curso medio del río, y más al Oeste, cerca del camino de Escuderos a Torrepadre, Santa María de Retortillo»...

Pero hay que detenerse antes en Covarrubias y en esa torre que, si en otro tiempo se llamó de Fernán González, hoy lleva el nombre de su nieta. Hasta el siglo XIX tenía una hermana más chata de cuarenta pies de altura, con cuatro puertas, una en cada costado, una de ellas de herradura. Colocada junto al puente, su finalidad era defender el paso. La torre actual se encuentra detrás de la muralla entre el puente y la colegiata, y no deja de ser extraño que la puerta de arco semicircular, que es como la rúbrica mozárabe del edificio, esté abierta en lo alto de la fachada Sur, es decir, en el lado del eventual enemigo. Se sube por una escalera y una terraza, que no son probablemente primitivas. Alta, de más de dos metros, esta puerta termina en arco de herradura con un aparejo de piedras a estrados irregulares, que convergen hacia puntos situados encima del centro del arco. El aparejo de la torre dibuja al entorno un ligero alfiz. Las otras aberturas situadas muy arriba de la puerta y los pasadizos, proceden de una restauración medieval tardía, tal vez del siglo XIV, que parece haber afectado todo el piso superior. Sobre una base sensiblemente rectangular, la enorme base de este tronco de pirámide se alarga ligeramente hacia la altura, en que planos y aristas tienden a tomar una forma cóncava. El conjunto de estas formas trata evidentemente de reforzar la solidez contra un posible trabajo de zapa, y facilitar la defensa del pie de la torre contra los agresores.

El aparejo invita a distinguir tres partes. Abajo enormes muros de dos a tres metros de espesor, de cimientos y forma bastante antiguos en grandes bloques de un calcáreo ocre-claro. ¿Serán restos de una *turris* romana? Después, una vasta zona acaso más árabe que mozárabe, la que ostenta el arco de herradura, de un aparejo interesante. En él alternan las franjas compuestas de tres o cuatro asientos de pequeños bloques oblongos, puestas de lla-

no sobre la faz larga, en aparejo «isodomón», con otros de bloques más altos; todo el aparejo, a soga y tizón, es de un efecto muy decorativo. El conjunto es un calcáreo gris «ibérico», del tipo del de la sierra de Lara o de los desiertos rocosos que abundan en las montañas salvajes de esta región superior del Arlanza. En fin, la parte superior —añadida o reconstruida— de aparejo menos regular, con sus modillones de piedra destinado a sostener los pasadizos correspondientes a cada una de las ventanas, está construida en piedras talladas en un calcáreo ocre de tintes rojos como las tierras de Covarrubias. Esta tripartición existe en la estructura interior, pero a niveles diferentes. El primer piso forma hoy una gran sala abovedada, que se eleva casi hasta la mitad del edificio, y que debió servir de almacén o prisión. Es probable que estuvo siempre separada por un piso de la sala abovedada, que está sobre el abovedamiento de la gran pieza inferior, a la que da acceso «la puerta mozárabe». Encima de este abovedamiento, dos pisos, que eran la obra viva de la defensa, con otro más estrecho para las armas.

Recuerda Fontaine que Covarrubias tiene una casa de portada románica que, según la tradición, pudo ser el «palacio de Fernán González», pondera los tesoros artísticos que todavía conserva la colegiata; entre los cuales destaca la colección de cartas del siglo X y un órgano antiguo que es uno de los más bellos de España, recuerdo de que allí, en pleno feudo de los Condes de Lara, repercutieron los latidos del corazón de Castilla en el siglo de Fernán González. Allí y en la próxima abadía de San Sebastián de Silos, que no se llamó de Santo Domingo hasta que tuvo como abad en el siglo XI al santo riojano, cuya vida contó Gonzalo de Berceo en más de 3.000 versos.

«Restaurada en el siglo XIX por los benedictinos franceses de Solesmes, la abadía contó entre ellos, en la persona de Dom Mario Ferotin, a uno de los primeros paladines del estudio de la liturgia mozárabe. No fue este un hecho casual en una casa, que guarda todavía un tesoro importante de manuscritos y el más bello de los cálices de tradición mozárabe. Las excavaciones de Dom Román Sáiz, que ha tenido la bondad de poner a mi disposición los planos levantados por él, han arrojado nueva luz sobre las afinidades mozárabes del primer monasterio prerrománico, cuyos privilegios confirmó Fernán González en una carta célebre, datada antaño en 919, y ahora con buenas razones en 954. Estas excavaciones, que nos han restituido además los restos de un admirable tímpano románico, han permitido descubrir bajo la nave de la iglesia actual los fundamentos de un edificio singular. En efecto, los fragmentos de muros y los soportes encontrados parecen reclamar la existencia de una pequeña iglesia cuadrada, de una quincena de metros de lado, dividida en nueve compartimentos, igualmente cuadrados, por las cuatro columnas centrales, de las cuales tres de las bases han aparecido *in situ*. Hay, por tanto, una razón para suponer

que las bóvedas de este edificio debían reposar en los ocho puntos correspondientes asentadas en un $1/3$ y $2/3$ de la longitud de los cuatro muros, sobre columnas o semicolumnas unidas, aunque no se puede excluir la hipótesis de simples semipilastras o semicolumnas unidas. Uno de los muros se abría sobre tres ábsides paralelos y probablemente ultrasemicirculares, inscritos en el interior de un macizo rectangular al estilo de la cabecera de Escalada.

Frente al muro lateral izquierdo se alzaba un campanil separado de la iglesia; pueden verse aún los cimientos prerrománicos. Practicadas bajo la nave de la iglesia actual, así como de la iglesia románica, las excavaciones muestran que los constructores románicos respetaron el área de la iglesia antigua: así el pilar compuesto románico respetó la base de la semicolumna, encontrada a partir de la nave de la izquierda. El arco del ábside lateral izquierdo tenía sus cimientos tallados en la roca viva. Los escritos de los monjes del siglo XVIII muestran que cuando se construyó la iglesia actual reconocieron expresamente la curva ultrasemicircular del ábside central, desaparecida hoy totalmente. Desgraciadamente no dejaron plano alguno.

Este descubrimiento presenta algunos problemas. Nos pone en presencia de un tipo de plan conocido en el oriente bizantino, y bien representado por cinco ejemplos occidentales. En España fue en 999 cuando fue dedicada la encantadora mezquita toledana de Bib-el-Mardom (convertida hoy en capilla del Cristo de la Luz), cuyas proporciones son la mitad de las de la iglesia silense. Su plan será imitado al comenzar el siglo XI en la pequeña mezquita, también toledana, de *Las Tornerías*. Más difícil de fechar, siglo VII ó IX, es San Miguel de Tarrasa; pero con sus ángulos redondeados, es más bien un edificio cruciforme completado por cuatro mochetas. No olvidemos el plan primitivo de Santa María de Mixós; pero mucho más interesante es la capilla fundada en 806 por el español Teodulfo en Germigny-des-Prés, entre Orleans y la abadía de San Benito sobre el Loire, pues ella tenía antes de las violentas restauraciones del siglo XIX, un plan muy parecido, con su cabecera tripartita al Este, y un ábside al Oeste, y no es posible asegurar que en Silos no haya existido también. ¿Sabremos alguna vez cuál fue el grado de parentesco de estos diferentes edificios? Es imposible no hacerse esta pregunta acerca de esta serie menos heterogénea de lo que parece, primeramente en el tiempo (época carolingia), y además en el espacio hispánico, hasta el Loira, a través de Teodulfo. La diversidad de las relaciones culturales del siglo X con la mozarabía de un lado, y de otro con la Francia carolingia, permite adivinar con cierta seguridad, mientras no llegan los descubrimientos definitivos».

Pasa luego Fontaine a examinar lo mozárabe en San Pedro de Berlanga, donde trabajó el gran miniaturista Florencio, cuya importancia es tan grande en la revolución artística, que se operó en la España cristiana durante la primera mitad del siglo X. «Es en Castilla la Vieja, afirma Fontaine, donde hoy se tiende a colocar la misteriosa mutación pictural que produjo el estilo propiamente mozárabe de los *Beatos*. Es, pues, a Florencio y a su entorno, sus maestros, sus compañeros y sus discípulos, a los escritorios, en que se formó y trabajó, a donde hay que volverse para localizar el origen de ese nuevo estilo de miniaturas más «arabizadas» en su iconografía, en sus formas, en sus técnicas».

Por de pronto la presencia de lo mozárabe es clara en Valeránica. Fontaine señala las ocho piezas que conserva el museo de Burgos; seis de ellas de estilo «condal» o postvisigótico, con ramos y racimos estilizados, que recuerdan la decoración de Santa Cristina de Sena, con impostas de círculos al estilo de San Juan de Baños; con una planta fantástica de simetría axial, cuyo homólogo se encuentra en la decoración vegetal de Quintanilla de las Viñas y en San Pedro de la Nave. Hay también una imposta con medallones en cuerda continua, rodeando espirales: encuentro singular de lo asturiano con substratos indígenas. Y no olvidemos dos piezas, fragmentos de modillones, con decoración lateral, de rosetas y esvásticas, que sugieren la importancia real del elemento mozárabe, y evocan directamente el estilo de los de Santa María de Lesbeña.

Espera el Sr. Fontaine que se podrán conocer muchas más cosas sobre Valeránica el día en que se orienten hacia ese lugar venerable los esfuerzos de nuestros arqueólogos. Se están excavando necrópolis y más necrópolis de la época de la reconquista. Ha sido interesante este trabajo; pero sería de desear que nuestros equipos se olvidasen por algún tiempo de esta tarea para orientar sus laudables esfuerzos a desenterrar algunos monumentos como este de Valeránica, que les habría de proporcionar importantes hallazgos. Frente a Tordómar, a la orilla izquierda del río, en un lugar que se llama todavía Campo de San Pedro, se ven todavía los cimientos del monasterio de Florencio, y una construcción circular de ladrillos que tal vez es un ábside de la iglesia. ¡Qué maravilla si como en Silos apareciese aquí el plano entero de la iglesia con la torre, en que trabajaría Florencio!

Más suerte ha tenido otro monumento, situado también junto al Arlanza, diez kilómetros al Oeste de Tordómar. Hasta hace poco era completamente desconocido. Recuerdo que un día el arquitecto del Valle de los Caídos vino a rogarme que fuese con él a la finca de unos amigos suyos, situada en la región de Lerma. Era sencillamente la finca de Retortillo, conocida ya entonces como ejemplo de explotación agrícola, famosa hoy en la historia del arte. La noche en que llegamos pudimos examinar unas piedras es-

culpadas que me parecieron de la época condal o acaso anteriores. Al día siguiente, visitando las dependencias de la antigua vivienda, nos sorprendió entre otras piedras esculpidas, aprovechadas en construcciones modernas, un modillón de claro tipo cordobés, y sobre todo, un magnífico arco de herradura, que estaba empotrado y casi disimulado en una gruesa pared moderna. Aunque todo aquello tenía el aspecto de un pajar no dudé en decirle al propietario, D. Antonio Sánchez Gómez, que estábamos en una iglesia mozárabe, deformada por el paso de los siglos. La restauración ha sido realizada hábil e inteligentemente. «Se ve allí, dice Mr. Fontaine, no sólo uno de los arcos más amplios que nos ha conservado el arte mozárabe, y ese interesante modillón, sino también dos bloques esculpidos de unos 80 cm. por 20, que nos ofrecen una prueba significativa y sumamente curiosa de la plástica y de la iconografía mozárabe. La técnica de grabado de rasgo superficial acusa la misma descomposición de la plástica en el dibujo, sino en *Graffiti*, que la decoración tan infantil de los capiteles de Santa Eulalia de Toledo o de San Millán de la Cogolla. Se nota también la misma incapacidad en componer y situar un conjunto orgánico en un cuadro dado. En uno de los bloques, dos ciervos se afrontan a un árbol, en la tradición formal de las composiciones zoomórficas sasánidas (pavos reales de Quintanilla), pero según la inspiración paleocristiana de los *cervi ad fontes* del salmo 41. Más extraña es esa lucha entre un cordero y una serpiente, cuyo cuerpo se enrosca en torno a él. A mi entender es una metamorfosis del tema oriental de la lucha de los animales de presas contra los animales inofensivos, apuntando aquí la simbólica apocalíptica que opone la serpiente satánica al Cordero vencedor: el equivalente de la vena apocalíptica en la literatura mozárabe, fascinada por la contemplación de las escenas del Apocalipsis joánico. En el otro bloque un cadáver está rodeado por dos leones afrontados, que parecen vigilarlo. Diríase que hay aquí una alusión a la escena de la vida de San Pablo el Ermitaño, escrita por San Jerónimo en el siglo IV, y recogida por el abad Sansón de Córdoba, cuando escribe en su *Liber Apologeticus* para edificación de los mozárabes andaluces: «Leemos que dos leones cavaron la sepultura del bienaventurado Pablo».

Tendríamos aquí otro indicio de contacto cultural entre la cristiandad del Norte y la del Sur aunque no estoy seguro de que la interpretación del arqueólogo francés, ciertamente ingeniosa, sea del todo segura. Los leones no cavan la tierra sino que levantan pacíficamente las patas, como protegiendo a un hombre tendido. Sería una representación ciertamente inusitada de la historia bien conocida de Daniel.

Estos dos monasterios, Valeránica y Retortillo, tuvieron una vida brillante durante la época. De Retortillo nos hablan los monumentos, no los documentos. Hay una lápida del primer tercio del siglo XI, que debiera ser

publicada cuanto antes. Las campañas de Almanzos debieron serle fatales. Hacia el 1040 tenemos el primer documento, una carta por la cual Fernando I se le entrega al monasterio de Arlanza. Así queda convertido en un priorato, que con el tiempo será una simple granja de la abadía madre. En el siglo XVI Arlanza se la vende a una de las principales familias burgalesas, en cuyas manos sigue todavía, manos bienhechoras, que con amor e inteligencia han hecho resurgir allí, en cuanto era posible, la belleza primitiva.

La historia de Valeránica es más triste. Como Albelda, Valeránica es un escritorio. Pasadas las catástrofes del milenio, todo allí se apaga. Sus códices se dispersan, Córdoba, Madrid, León, Toledo, y queda una dignidad en el cabildo catedralicio. Quedan también unas cuantas esculturas y la posibilidad de encontrar otras, si algún día aparece por allí uno de esos equipos de jóvenes universitarios, ávidos de hacer resurgir nuestro pasado.

Por de pronto, podemos concluir con Jacques Fontaine que hubo un arte mozárabe castellano, y a él le debemos el haber señalado sus principales manifestaciones, el haberle analizado con una gran competencia, con simpatía y con originalidad. Son las características de esta obra notable, necesaria para quien quiera conocer los movimientos culturales que germinan y se cruzan en la Península Ibérica, durante la época que precede a la gran floración del arte románico; toda ella supone ese estudio concienzudo de quien ha meditado largamente delante de las piedras y esa convicción vital que sólo se consigue con una cálida compenetración espiritual. Hay en ella un capítulo lleno del mayor interés, dedicado a las grandes producciones caligráficas y pictóricas, en que hallamos ideas de una gran novedad y exactitud sobre los escritorios de Castilla, que merecerían ser subrayadas y comentadas.

Fray Justo PEREZ DE URBEL